

incapaz de gobernarse á sí mismo como severo había sido con sus preceptores.

Ahora reanudo el hilo de mi discurso, y perdiendo de vista los hechos antiguos y generales que prepararon la gran Revolución que quiero describir, llego á los hechos particulares y más recientes que determinaron su nacimiento y su carácter.

LIBRO III

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo á mediados del siglo XVIII los hombres de letras eran los principales hombres políticos de la nación, y de los efectos que de este hecho se derivaron.

Francia era hacía mucho tiempo la más literaria de todas las naciones de Europa: no obstante, los hombres de letras no habían mostrado nunca las tendencias que manifestaban á mediados del siglo XVIII, ni habían ocupado lugar tan preeminente como entonces. Hecho semejante no se había visto nunca entre nosotros, ni creo que en parte alguna.

No intervenían diariamente en los negocios públicos como en Inglaterra: por el contrario, nunca habían vivido más alejados de ellos; no estaban investidos con ninguna autoridad, ni desempeñaban ninguna función pública en una sociedad dominada ya por los funcionarios. Sin embargo, no eran, como sus colegas de Alemania, enteramente ajenos á la política, ni vivían retirados en el dominio de la filosofía pura y de las bellas letras. Constantemente se ocupaban en materias relacionadas con el Gobierno, y en realidad ésta era su única ocupación. Todos los días se les oía

discurrir acerca del origen de las sociedades y de sus formas primitivas, de los derechos primordiales de los ciudadanos y de la autoridad, de las relaciones naturales y artificiales de los hombres entre sí, del error ó la legitimidad de la costumbre y del principio mismo de las leyes. Penetrando de este modo todos los días hasta las bases de la constitución de su época, examinaban minuciosamente su estructura y criticaban su plan general. No todos, ciertamente hacían objeto de un estudio particular y profundo estos grandes problemas: la mayor parte hablaban de ellos como de paso y por distracción; pero todos con mayor ó menor amplitud exponían su opinión acerca de ellos. Esta especie de política abstracta y literaria estaba difundida en dosis desiguales por todas las obras de aquella época, y no hay una, desde el tratado serio hasta la canción más ligera, que no contenga alguna parte.

En cuanto á los sistemas políticos de estos escritores, variaban tanto de unos á otros, que quien se propusiera conciliarlos y formar una teoría de gobierno, no podría lograrlo nunca. Á pesar de esto, si se aparta lo accidental para llegar á las ideas madres, se descubre fácilmente que los autores de estos sistemas tan diferentes están de acuerdo, por lo menos, en una idea muy general que todos conciben de la misma manera, y que parece que domina en su espíritu á todas las ideas particulares que de ella se derivan como de un origen común. Por grandes que sean las diferencias que los separen en lo demás, todos coinciden en que conviene sustituir las costumbres complicadas y tradicionales que rigen la sociedad de su tiempo por reglas sencillas y elementales, basadas en la razón y en la ley natural.

Si bien se examina, se verá que lo que pudiera llamarse la filosofía política del siglo XVIII consiste en este único principio.

La idea no era nueva: durante tres mil años pasó y repasó sin cesar por la imaginación de los hombres sin arrai-

garse. ¿Cómo esta vez llegó á dominar el espíritu de todos los escritores? ¿Por qué en vez de detenerse, como había sucedido ya varias veces, en la cabeza de algún filósofo, había transcendido á las muchedumbres y adquirido en ellas la consistencia y el ardor de una pasión política, de tal suerte que teorías generales y abstractas acerca de la naturaleza de las sociedades llegaron á ser objeto de las conversaciones diarias de los ociosos, y hasta inflamar la imaginación de las mujeres y de la gente del campo? ¿Cómo hombres de letras, sin posición social, honores, riqueza, responsabilidad ni poder, vinieron á ser de hecho los principales hombres políticos de la época, y puede decirse que los únicos, puesto que si otros ejercían el Gobierno sólo ellos tenían la autoridad? Quisiera decirlo en pocas palabras y poner de manifiesto la extraordinaria y terrible influencia que estos hechos, que aparentemente sólo pertenecen á la historia de nuestra literatura, tuvieron en la Revolución y hasta nuestros días.

No fué la casualidad lo que hizo que los filósofos del siglo XVIII en general concibiesen nociones tan opuestas á las que servían de base á la sociedad de su tiempo: estas ideas se las había sugerido naturalmente el espectáculo de la sociedad que tenían ante sus ojos. El sinnúmero de privilegios abusivos ó ridículos, cuyo peso era cada día tanto más insoportable cuanto menos justificable era su origen, impedía, ó más bien, precipitaba simultáneamente el pensamiento de todos ellos hacia la idea de la igualdad de las condiciones. Al ver tantas instituciones irregulares y caprichosas, hijas de otras edades, que nadie había intentado concordar entre sí ni acomodar á las necesidades nuevas, y que parecían destinadas á eternizarse después de haber perdido su virtud, sentían aversión hacia las cosas antiguas y tradicionales, y deseo natural de reconstruir la sociedad de su tiempo con arreglo á un plan enteramente nuevo, que cada uno de ellos trazaba dejándose guiar únicamente por la luz de su razón.

La misma condición de estos escritores favorecía su inclinación por las teorías generales y abstractas en materia de gobierno y los inducía á tener en ellas ciega confianza. Como vivían muy alejados de la práctica, no templaba la experiencia los ardores de su natural: nada les advertía los obstáculos que la organización social existente opondría á las reformas más deseadas, ni tenían idea de los peligros que son cortejo obligado de las revoluciones más necesarias. Tampoco los presentían, porque la falta absoluta de libertad política hacía que el mundo de los negocios fuese para ellos, más que desconocido, invisible. Ni desempeñaban en él función alguna, ni podían ver siquiera lo que los demás hacían: les faltaba, pues, esa instrucción superficial que dan la contemplación de una sociedad libre y los rumores de la opinión pública á los que menor intervención tienen en el Gobierno. Esto contribuyó á que fuesen más audaces en las reformas que proponían y más apasionados por las ideas y sistemas generales, á que sintiesen mayor desprecio hacia lo antiguo y una confianza en su razón individual mayor de la que es común encontrar en los autores que escriben libros especulativos acerca de la política.

Esta misma ignorancia les sirvió para dominar el pensamiento del pueblo y apoderarse de su corazón. Si los franceses hubieran intervenido entonces como en otros tiempos en el gobierno de la nación por medio de los Estados generales; si hubieran continuado siquiera ocupándose diariamente en la Administración pública en sus Asambleas provinciales, puede afirmarse que no se habrían dejado inflamar por las ideas de los escritores contemporáneos, porque habrían conservado cierta práctica de los negocios públicos, que les habría servido de preventivo contra las teorías abstractas.

Si hubieran podido, como los ingleses, cambiar gradualmente el carácter de sus instituciones antiguas sin destruirlas, quizás no se habrían dejado seducir tan fácilmente por la idea de sustituirlas por otras completamente nue-

vas; pero quién más, quién menos, tropezaba diariamente en su camino con una ley anticuada, una costumbre política arcaica ó restos de antiguos poderes que coartaban su libertad, gravaban su fortuna, dificultaban su bienestar ó herían su orgullo, y no hallaba á su alcance remedio alguno que oponer por sí mismo á este mal: parecía como que la fatalidad los había colocado en el trance de soportarlo todo ó de destruir totalmente la constitución del país.

Sin embargo, en medio de la ruina de todas las libertades habíamos conservado una: podíamos filosofar sin trabas acerca del origen de la sociedad, de la naturaleza esencial del Gobierno y de los derechos primordiales del género humano.

Todos aquellos á quienes perjudicaba la práctica cotidiana de la legislación se apasionaron inmediatamente por esta política literaria, y la afición llegó hasta aquellos que por su naturaleza ó por su condición social estaban más alejados de las especulaciones abstractas. No hubo contribuyente agraviado por el poco equitativo reparto de la talla que no se enardeciese ante la idea de que todos los hombres deben ser iguales, ni pequeño propietario cuyas fincas devastaran los conejos de los nobles vecinos suyos que no se complaciese en oír que todos los privilegios indistintamente estaban condenados por la razón. De esta suerte cada pasión pública tomaba el disfraz de la filosofía: la vida política refluyó violentamente hacia la literatura, y los escritores, arrogándose la dirección de la opinión pública, ocuparon por un momento el lugar que generalmente ocupan los jefes de partido en las naciones libres.

Nadie estaba tampoco en situación de competir con ellos.

Cuando la aristocracia está en su apogeo, no solamente está al frente de los negocios públicos; dirige también las opiniones, da la pauta á los escritores, y la autoridad á las ideas. En el siglo XVIII la Nobleza francesa había perdido enteramente esta parte de su imperio: su crédito había se-

guido la suerte de su poder; el lugar que había ocupado en el gobierno de los espíritus estaba vacío, y los escritores pudieron ocuparlo sin competencia y estar en él á sus anchas.

Esta misma aristocracia, cuyo puesto ocuparon, favorecía también sus propósitos. Había olvidado hasta tal punto que las teorías generales, una vez admitidas, llegan inevitablemente á transformarse en pasiones políticas y en actos, que consideraba como juegos ingeniosos del espíritu las doctrinas más opuestas á sus derechos particulares y hasta á su existencia, distraía sus ocios tomando parte en ellos, y gozaba tranquilamente de sus privilegios é inmunidades, disertando sobre lo absurdo de todas las costumbres establecidas.

Muchas veces ha producido admiración la extraña ceguera con que las clases elevadas del antiguo régimen contribuyeron á su propia ruina; mas ¿cómo habrían podido advertir el peligro? Las instituciones libres son tan necesarias á los grandes para hacerles comprender el peligro que los amenaza, como á los pequeños para asegurarles sus derechos. Más de un siglo hacía que habían desaparecido los últimos vestigios de la vida pública; ningún choque, ni el más ligero ruido, había advertido á las clases más directamente interesadas en el mantenimiento de la antigua constitución que el edificio amenazaba ruina. Como aparentemente nada había cambiado, creían que todo estaba igual: por eso su espíritu continuaba fijo en el punto de vista en que habían estado colocados sus padres. En los cuadernos de peticiones de 1789 la Nobleza se muestra tan preocupada por las invasiones del Poder Real como en el siglo xv. Por su parte, el infortunado Luis XVI, momentos antes de perecer en el desbordamiento de la democracia—Barke lo observa con razón,— continuaba viendo en la aristocracia el rival de su poder, y desconfiaba de ella como si durasen aún los tiempos de la Fronza: en cambio, creía, como sus abuelos, que la burguesía y el pueblo eran el principal sostén de su trono.

Pero lo que más poderosamente llama la atención de los que tenemos delante de los ojos las ruinas de tantas revoluciones, es que nuestros padres no tenían siquiera la noción de una revolución violenta, ni la discutían ni la concebían. Los pequeños sacudimientos que la libertad política imprime sin cesar á las sociedades más sólidamente establecidas, recuerdan todos los días la posibilidad de una revolución y mantienen alerta la prudencia pública; pero la sociedad francesa del siglo xviii, que estaba próxima á despeñarse en el abismo, no se daba cuenta de ello.

He leído atentamente los cuadernos de peticiones y quejas redactados por los tres órdenes antes de reunirse en 1789; digo los tres órdenes comprendiendo á la Nobleza y al clero lo mismo que al estado llano. Veo que en unos se pide la modificación de una ley; en otros, de una costumbre, y tomo nota de ello. Continúo hasta el fin este inmenso trabajo, y cuando llego á reunir todas las peticiones particulares, veo con asombro que lo que se pide es la abolición simultánea y sistemática de todas las leyes y costumbres vigentes en el reino; veo que se va á tratar de una de las más vastas y peligrosas revoluciones que han conmovido al mundo. Los que mañana serán sus víctimas no se dan cuenta de ello: creen que la transformación total é inmediata de una sociedad tan complicada y tan vieja puede hacerse sin sacudimientos, con el auxilio de la razón y por su sola virtud. ¡Desgraciados! Han olvidado hasta aquella máxima que sus padres habían expresado cuatrocientos años antes diciendo en el francés ingenuo y enérgico de la época: *por pedir muchas franquicias y libertades, se cae en la servidumbre.*

No puede sorprender á nadie que la Nobleza y la burguesía, excluidas tanto tiempo hacía de la vida pública, mostrasen esta singular inexperiencia: lo sorprendente es que los mismos que dirigían los negocios, los ministros, los magistrados, los intendentes, no den muestras de mayor previsión. Muchos de ellos eran habilísimos en su oficio y co-

nocian á fondo todos los pormenores de la Administración pública de su tiempo; pero en la gran ciencia de gobernar, que enseña á comprender el movimiento general de la sociedad, á juzgar de lo que pasa en la conciencia de las muchedumbres y á prever sus resultados, estaban tan en mantillas como el pueblo. La práctica de las instituciones libres es, en efecto, lo único que puede enseñar completamente á los hombres de Estado esta parte principal de su arte.

Esto se ve bien en la Memoria que Turgot presentó al Rey en 1775, en la cual le aconsejaba, entre otras cosas, que mandara á la nación elegir libremente una Asamblea representativa, que se reuniría en la Corte durante seis semanas cada año, pero sin concederle ningún poder efectivo. Esta Asamblea no habría de ocuparse más que en la administración, y nunca en el Gobierno; sería más consultiva que ejecutiva, y en realidad su misión sería discutir las leyes sin hacerlas. «De esta suerte el Poder Real se ilustraría sin menoscabo de su libertad—decía,—y la opinión pública estaría satisfecha sin riesgo, porque estas Asambleas no tendrían autoridad para oponerse á las operaciones indispensables, y en último caso Su Majestad sería siempre el árbitro». No cabía mayor desconocimiento del alcance de una medida y del espíritu de su época. Es cierto que muchas veces pudo hacerse impunemente al fin de las revoluciones lo que proponía Turgot, y conceder una apariencia de libertad sin contenido real. Augusto lo intentó con buen éxito. Una nación fatigada por prolongadas luchas consiente de buen grado que se la engañe, con tal que se le asegure la tranquilidad, y la Historia nos enseña que en casos semejantes basta para contentarla con reunir un cierto número de hombres oscuros ó serviles y hacerlos representar ante ella el papel de una asamblea política mediante un salario. Varios ejemplos de esto podrían citarse. Pero empresas como ésta fracasan siempre al principio de las revoluciones, y sólo sirven para enardecer más al pueblo sin contentarle. Turgot, no obstante ser un gran administrador, ignoraba esto.

Si se piensa que esta nación francesa, tan apartada del movimiento de sus propios intereses y tan desprovista de experiencia, tan oprimida por sus instituciones y tan impotente para modificarlas, era al mismo tiempo la más instruída y la más enamorada del ingenio, se comprenderá sin esfuerzo cómo los escritores llegaron á ser una potencia política, y concluyeron por ser la primera.

Mientras que en Inglaterra estaban confundidos los que escribían acerca del Gobierno y los que gobernaban, unos introduciendo en la práctica las nuevas ideas, otros rectificando y circunscribiendo las teorías con el auxilio de los hechos, en Francia el mundo político quedó como dividido en dos provincias separadas y sin relaciones entre sí. En la primera se administraba, en la segunda se establecían los principios abstractos sobre los cuales debiera fundarse la Administración: en aquélla se adoptaban las providencias particulares indicadas por la rutina, en ésta se proclamaban las leyes generales, sin pensar nunca en los medios de ponerlas en práctica: unos tenían la dirección de los negocios; otros, la de las inteligencias.

De esta suerte iba poco á poco construyéndose fuera de la sociedad real, cuya constitución era todavía tradicional, confusa é irregular, en que las leyes eran diversas y contradictorias, las clases sociales estaban separadas, las condiciones eran fijas y desiguales las cargas, una sociedad imaginaria, en la cual todo parecía sencillo y coordinado, uniforme, equitativo y ajustado á la razón.

La imaginación de la muchedumbre fué desertando gradualmente de la primera para refugiarse en la segunda: el pueblo olvidaba lo que existía para pensar en lo que podía existir, y espiritualmente vivía en esta ciudad ideal que habían edificado los escritores.

Algunos han atribuído la causa de nuestra Revolución á la de América. Tuvo ésta, efectivamente, gran influencia en la Revolución francesa; pero no se debió tanto á lo que entonces se hizo en los Estados Unidos como á lo que en la

misma época se pensaba en Francia. Así como para el resto de Europa la revolución americana no era todavía más que un hecho nuevo y singular, para los franceses era la confirmación de las ideas que dominaban ya en todos los espíritus. En Europa causaba sorpresa; en Francia acababa de convencer. Parecía como que los americanos no habían hecho sino lo que nuestros escritores habían concebido y daban la sustancia de la realidad á lo que nosotros estábamos soñando. Es como si Fenelón se hubiera trasladado de repente á Salente.

La circunstancia que acabamos de señalar, nueva en la Historia, de que toda la educación política de un gran pueblo fuese obra exclusiva de los hombres de letras, contribuyó quizás más que nada á dar á la Revolución francesa su carácter propio y á que de ella saliese lo que estamos viendo. Los escritores no se limitaron á infundir sus ideas en el pueblo que hizo la Revolución, sino que le comunicaron su temperamento y su carácter. Sometida la nación largo tiempo á su disciplina, sin más guía que ellos en medio de la profunda ignorancia de la práctica en que vivía, concluyó por adquirir los instintos, las ideas, los gustos y hasta las extravagancias de los escritores; de tal suerte, que cuando llegó el momento de la acción, trasladó á la política los hábitos de la literatura.

Cuando se estudia la historia de nuestra Revolución, se ve que obedeció á las mismas ideas que inspiraron tantos libros abstractos acerca del Gobierno. Nótese en ella la misma afición á las teorías generales, á los sistemas completos de legislación y á la exacta simetría de las leyes; el mismo menosprecio de la realidad existente; idéntica confianza en la teoría; el mismo gusto por lo original, lo ingenioso y lo nuevo en las instituciones; el mismo deseo de rehacer á la vez toda la Constitución según las reglas de la Lógica y conforme á un plan único, en vez de tratar de corregirla por partes. ¡Terrible espectáculo! Porque lo que es un mérito en los escritores es á veces un vicio en los hom-

bres de Estado, y las mismas cosas que sirven de base á libros excelentes pueden conducir á grandes revoluciones.

El lenguaje político imita también en parte el de los escritores, y está lleno de expresiones generales, términos abstractos, palabras sonoras y giros literarios. Este estilo, fomentado por las pasiones políticas de quienes lo empleaban, penetró en todas las clases, y llegó con singular facilidad hasta las más bajas. Mucho antes de la Revolución, en los edictos de Luis XVI, se hablaba de la ley natural y de los derechos del hombre; los campesinos, en sus solicitudes, llamaban conciudadanos á sus vecinos; al intendente, un respetable magistrado; al párroco, el ministro del altar, y á Dios, el Ser Supremo: para ser malos escritores no les faltaba más que saber ortografía.

Estas nuevas cualidades se han incorporado tan íntimamente al fondo antiguo del carácter francés, que muchas veces se ha atribuído á nuestro modo de ser lo que provenía exclusivamente de esta educación singular. He oído afirmar que la afición, ó mejor dicho, la pasión que desde hace sesenta años hemos tenido por las ideas generales, los sistemas y las palabras sonoras en materia de política, se debía á no se qué atributo peculiar á nuestra raza, á lo que se llamaba enfáticamente *el genio francés*, como si este supuesto atributo pudiera haber aparecido de repente á fines del siglo pasado, después de haber estado oculto durante el resto de nuestra historia.

Lo que es cosa singular es que hemos conservado los hábitos que habíamos tomado de la literatura, perdiendo casi por completo nuestro antiguo amor á las letras. Muchas veces me ha producido admiración en el curso de mi vida pública ver que personas que apenas leían los libros del siglo XVIII, ni los de ningún otro, y que sentían menosprecio por sus autores, conservaban fielmente algunos de los principales defectos que habían caracterizado á nuestra literatura mucho antes de que ellas viniesen al mundo.

CAPÍTULO II

Cómo la irreligión había podido llegar á ser una pasión general y dominante en los franceses del siglo XVIII, y qué influencia tuvo esto en el carácter de la Revolución.

Á partir de la gran revolución del siglo XVI, en la cual el libre examen había pretendido separar entre las diversas tradiciones cristianas las falsas de las verdaderas, no habían cesado de aparecer hombres más escrupulosos ó más osados que las habían combatido ó rechazado todas. La misma tendencia que en tiempos de Lutero había apartado á la vez del catolicismo á muchos millones de católicos impelía aisladamente á muchos cristianos á apartarse del cristianismo: á la herejía había sucedido la incredulidad.

En general puede afirmarse que en el siglo XVIII el cristianismo había perdido en Europa gran parte de su poder, más por abandono de los creyentes que porque se le combatiese violentamente: los mismos que salían de su seno se separaban de él con pesar. La irreligión se había propagado entre los príncipes y los cultos; pero no había penetrado aún en la clase media ni en el pueblo: era un capricho de ciertos espíritus, no una opinión común. «Es un prejuicio muy general en Alemania —dice Mirabeau en 1787— creer que en las provincias prusianas hay muchos ateos. La verdad es que, si bien hay algunos librepensadores, el pueblo permanece tan fiel á la religión como en las regiones más

devotas, y se cuentan en él no pocos fanáticos». Añade que es lástima que Federico II no autorice el matrimonio de los sacerdotes católicos, y, sobre todo, que se niegue á dejar á los que se casan las rentas de sus beneficios eclesiásticos, «medida—dice—que nos atreveríamos á creer digna de este gran hombre». En ninguna parte era aún la irreligión una pasión general, ardiente, intolerante y opresiva, como lo era en Francia.

Ocurría aquí una cosa que no se había visto aún. En otras épocas se combatía con violencia á las religiones establecidas; pero el ardor con que se empeñaba la lucha nacía del celo que inspiraban religiones nuevas. Las falsas y detestables religiones de la antigüedad no tuvieron muchos ni apasionados adversarios hasta que apareció el cristianismo para suplantárlas: hasta entonces se extinguían lentamente y sin ruido en la duda y la indiferencia; ésta es, por decirlo así, la muerte social de las religiones. En Francia se combatió con verdadero furor al cristianismo, sin intentar siquiera sustituirlo por otra religión, y se trabajó ardiente é incesantemente para arrancar de las almas la fe que antes las llenaba, dejándolas vacías. Muchos fueron los que emplearon sus esfuerzos en esta ingrata tarea. La incredulidad absoluta en materia de religión, que es tan contraria á los instintos naturales del hombre, cautivó á la masa del pueblo, y lo que hasta entonces no había producido más que una especie de apatía malsana, engendró en ella esta vez el fanatismo y el espíritu de propaganda.

La conjuración de varios grandes escritores dispuestos á negar las verdades de la religión cristiana no parece que baste para explicar un acontecimiento tan extraordinario. ¿Por qué todos, absolutamente todos estos escritores siguieron esta dirección, y no la otra? ¿Por qué no hubo uno sólo que pensase en elegir la tesis contraria? ¿Por qué, en fin, hallaron el ánimo de la masa del pueblo dispuesto á escucharlos y á recibir sus enseñanzas? Solamente causas especialísimas, peculiares de la época y de la nación á que estos

escritores pertenecían, pueden explicar sus intentos y su triunfo. El genio de Voltaire dominaba hacía mucho tiempo el mundo; pero Voltaire mismo no habría podido reinar más que en el siglo XVIII, y en Francia.

Comencemos por reconocer que no había en nuestra nación más razones que en otras partes para combatir á la Iglesia: antes al contrario, los vicios y abusos que en ella se habían introducido eran menores que en las demás naciones católicas; era también infinitamente más tolerante que lo había sido hasta entonces en Francia y que lo era á la sazón en otros pueblos. Por consiguiente, hay que buscar las causas particulares del fenómeno en el estado de la sociedad más que en el de la religión.

Para comprenderlo conviene no perder nunca de vista lo que he dicho en el capítulo precedente, á saber: que como la oposición política originada por los vicios de las instituciones vigentes no podía manifestarse en la discusión de los negocios públicos, se había refugiado en la literatura, y los escritores vinieron á ser los verdaderos jefes del gran partido que pretendía destruir todas las instituciones sociales y políticas de la nación.

Sentado esto, la cuestión cambia de aspecto. No se trata ya de saber en qué podía pecar la Iglesia como institución religiosa, sino qué obstáculos ponía á la revolución política que se preparaba, y por qué estorbaba la acción de los escritores que la promovían.

Los principios en que se basaba el gobierno de la Iglesia eran un obstáculo para los que pretendían hacer prevalecer los escritores en el gobierno civil. Aquella se apoyaba principalmente en la tradición: éstos sentían gran menosprecio por todas las instituciones fundadas en el respeto al pasado; la Iglesia reconocía una autoridad superior á la razón individual, y se fundaba en una jerarquía: ellos no admitían más autoridad que la de la razón, y deseaban la igualdad de las condiciones. Para llegar á un acuerdo con la Iglesia habría sido preciso que ambas partes reco-

nociesen que la sociedad política y la religiosa, por ser esencialmente diferentes en cuanto á su naturaleza, no podían regirse por principios semejantes. Muy lejos se estaba de esto entonces: al contrario, se creía que para poder combatir á las instituciones del Estado era necesario destruir las de la Iglesia, que le servían de fundamento y de modelo.

La Iglesia, por otra parte, era á la sazón el primero de los Poderes políticos y el más odiado de todos, aunque no fuese el más opresor, porque había venido á incorporarse á ellos contra su vocación y naturaleza, sancionando sus vicios al mismo tiempo que los censuraba en otros, y amparándolos con su inviolabilidad sagrada, y parecía querer hacerlos inmortales como ella misma. Combatiendo á la Iglesia, seguramente se conquistaba el ánimo del pueblo.

Pero, además de estas razones generales, los escritores tenían otras particularísimas y, por decirlo así, personales, para combatirla. La Iglesia representaba precisamente la parte del Gobierno que estaba más cerca de ellos y era más directamente opuesta á sus propósitos. La acción de los demás Poderes no se dejaba sentir más que de vez en cuando: en cambio, la Iglesia, que era la especialmente encargada de vigilar las manifestaciones de su pensamiento y de censurar sus escritos, los molestaba todos los días. Al defender contra ella las libertades del espíritu humano combatían por su propia causa, y comenzaban por romper las ligaduras que más estrechamente los oprimían.

Creían ellos, además, y con razón, que de todo el vasto edificio cuyos cimientos trataban de socavar la Iglesia era el baluarte más débil y el menos defendido. Su poder, en efecto, había ido debilitándose conforme se afirmaba el de los príncipes temporales. Después de haber sido superior á ellos, y más tarde su igual, había quedado reducida á ser su cliente. Entre los príncipes y la Iglesia se había establecido una especie de cambio: ellos le prestaban su fuerza material, ella su autoridad moral; los príncipes hacían que se obedeciesen los preceptos de la Iglesia; ésta hacía que se

respetase la voluntad de los príncipes: comercio peligroso cuando se aproximan tiempos de revolución, y poco ventajoso para un Poder que no se funda en la fuerza, sino en la creencia.

Aunque nuestros reyes se llamaban aún los hijos primogénitos de la Iglesia, eran muy negligentes en el cumplimiento de sus obligaciones para con ella, y demostraban menos celo en protegerla que en defender su propia autoridad. Cierto que no permitían que se pusiese sobre ella la mano; pero al mismo tiempo toleraban que desde lejos se la combatiere de mil maneras. Esta conducta equívoca respecto de los enemigos de la Iglesia, lejos de disminuir su poder, lo aumentaba. Hay momentos en los cuales la opresión de los escritores no consigue detener la marcha del pensamiento: en otros la precipita; pero nunca se ha empleado una policía semejante á la que en aquella época se ejercía sobre la prensa que no haya centuplicado su poder.

La persecución que padecían los autores era de las que suscitan la queja, no de las que hacen temblar: sufrían la mortificación que anima á la lucha, y no el yugo pesado que abrumba. Los procedimientos á que se los sometía, casi siempre lentos, ruidosos y vanos, más parecían tener por objeto excitarlos á continuar escribiendo que hacerlos desistir. La libertad absoluta de la prensa habría hecho menos daño á la Iglesia.

«Creéis que nuestra intolerancia—escribía Diderot á David Hume en 1763— es más favorable al progreso del espíritu que vuestra libertad ilimitada: Holbach, Helvecio, Morellet y Suard no son de vuestro parecer». Sin embargo, el escocés tenía razón. Habitante de una nación libre, tenía la experiencia de la libertad: Diderot hablaba como hombre de letras; Hume, como político.

Detengo al primer americano que encüentro en mi camino, bien en su país, bien en otra parte, y le pregunto si cree útil la religión para la estabilidad de las leyes y el buen orden de la sociedad: sin vacilar me contesta que una so-

ciudad civilizada, pero sobre todo una sociedad libre, no puede subsistir sin religión. El respeto á la religión es á sus ojos la mayor garantía de la estabilidad del Estado y de la seguridad de los ciudadanos. Los menos versados en la ciencia del Gobierno saben por lo menos esto. Sin embargo, no hay nación en el mundo en que tengan más aplicación que en América las doctrinas más atrevidas de los filósofos del siglo XVIII: únicamente sus doctrinas antirreligiosas no han podido abrirse paso; ni aun al amparo de la libertad sin límites de la prensa.

Otro tanto diré de los ingleses. Mucho antes de que nuestros filósofos hubieran venido al mundo se predicó entre ellos nuestra filosofía irreligiosa: Bolingbroke acabó de formar á Voltaire. La incredulidad tuvo en Inglaterra célebres representantes en el siglo XVIII. Hábiles escritores y profundos pensadores abogaron por ella; pero no lograron hacerla triunfar como en Francia, porque todos los que tenían algo que temer de las revoluciones se apresuraron á acudir en socorro de las creencias establecidas. Los mismos que tenían mayores relaciones con la sociedad francesa de su tiempo y que no creían falsas las doctrinas de nuestros filósofos, las rechazaban como peligrosas. Grandes partidos políticos, como ocurre siempre en los pueblos libres, creyeron conveniente á sus intereses unir su causa á la de la Iglesia: el mismo Bolingbroke se hizo aliado de los obispos. El clero, animado por estos ejemplos, y seguro de que no estaba solo, combatió también enérgicamente por su propia causa. La Iglesia de Inglaterra, no obstante los vicios de su constitución y los abusos de toda suerte que en ella se habían arraigado, sostuvo vigorosamente el choque; de sus filas salieron escritores y oradores que acudieron con ardor á la defensa del cristianismo. Las teorías hostiles á éste, discutidas y refutadas por sus defensores, fueron al fin rechazadas por el esfuerzo de la sociedad misma, sin intervención alguna del Gobierno.

Mas ¿por qué buscar ejemplos fuera de Francia? ¿Qué

francés pensaría hoy en escribir libros como los de Diderot ó de Helvecio? ¿Quién sería capaz de leerlos? Casi me atrevería á preguntar quién conoce siquiera sus títulos. La experiencia incompleta que en sesenta años hemos adquirido de la vida pública ha bastado para hacernos aborrecer esta literatura peligrosa. El respeto á la religión ha recobrado gradualmente su imperio en las diferentes clases de la nación, conforme adquiría cada una de ellas esta experiencia en la dura escuela de las revoluciones. La antigua Nobleza, que era la clase más irreligiosa antes de 1789, fué la más fervorosa después de 1793: fué la primera víctima, y también la primera que se convirtió. Cuando á su vez la burguesía triunfante se vió combatida, volvió sus ojos á la creencia. Poco á poco fué penetrando el respeto religioso allí donde los hombres tenían algo que perder en los desórdenes populares, y la incredulidad desapareció, ó, por lo menos, se ocultó según iba creciendo el temor á las revoluciones.

No sucedía esto en las postrimerías del antiguo régimen. Habíamos perdido de una manera tan absoluta la práctica de los grandes negocios humanos, é ignorábamos hasta tal punto la parte que en el gobierno de los pueblos tiene la religión, que la incredulidad ganó en primer término el entendimiento de los que tenían más personal y apremiante interés en mantener al Estado dentro del orden y al pueblo en la obediencia, y no sólo le hicieron buena acogida, sino que, con ceguedad inexplicable, la propagaron entre las clases inferiores, haciendo de la impiedad una especie de pasatiempo de su ociosidad.

La Iglesia de Francia, hasta entonces tan fecunda en grandes oradores, enmudeció al verse abandonada por aquellos á quienes un interés común debía unir á su causa: por un momento pudo creerse que estaba dispuesta á renunciar á defenderse con tal que se le conservasen sus riquezas y su posición.

Gritando los que negaban el cristianismo, y callando los

que aún creían en él, ocurrió lo que después hemos visto muchas veces en nuestra nación, no solamente en materia de religión, sino también en otras materias. Los que conservaban la antigua fe temieron ser los únicos fieles á ella, y temiendo más el aislamiento que el error, se unieron á la masa del pueblo sin pensar como ella, y así pudo aparecer como opinión de todos los que no era más que el sentimiento de una parte de la nación, y pudieron creerla irresistible los mismos que le habían dado esta falsa apariencia.

El descrédito universal en que habían caído todas las creencias religiosas á fines del siglo último ejerció, sin duda alguna, grandísima influencia en nuestra Revolución y le imprimió carácter: nada contribuyó tanto á dar á su fisonomía la expresión terrible que la distingue.

Cuando trato de discernir los diferentes efectos que entonces produjo en Francia la irreligión, veo que predispu- to á los hombres de aquella época para llegar á extremos tan censurables, más por la perturbación que llevó á su espíritu, que porque hubiera envilecido su corazón ó corrompido las costumbres. Al desertar la religión de las almas no las había dejado, como tantas veces sucede, vacías y debilitadas, sino que momentáneamente ocuparon su lugar ideas y sentimientos que les dieron vigor y energía. Si los franceses que hicieron la Revolución eran más incrédulos que nosotros en materias de religión, por lo menos conservaron una creencia admirable que á nosotros nos falta: creían en sí mismos. No dudaban de la perfectibilidad ni del poder del hombre; se apasionaban sinceramente por su gloria, y tenían fe en su virtud. Tenían en sus propias fuerzas esa confianza orgullosa que conduce muchas veces al error, pero sin la cual los pueblos no son capaces más que de la servidumbre, y creían que estaban llamados á transformar la sociedad y regenerar nuestra especie. Estos sentimientos y pasiones constituyeron para ellos una especie de religión nueva, que produciendo algunos de los efectos que se ha visto producir á las religiones, los preservaba del

egoísmo individual, los impulsaba al heroísmo y al sacrificio, y los hacía como insensibles á todos los bienes mezquinos que muchas veces nos dominan.

He dedicado largas horas al estudio de la Historia, y me atrevo á afirmar que no he encontrado revolución alguna en que pudiera verse en sus comienzos en tan gran número de hombres un patriotismo más sincero, más desinteresado, más grandeza verdadera. La nación demostró en ella el principal defecto, pero al mismo tiempo la mejor cualidad que tiene la juventud: esto es, la inexperiencia y la generosidad.

Esto no obstante, la irreligión produjo entonces un mal público inmenso.

En la mayor parte de las revoluciones políticas que hasta entonces habían conmovido al mundo, las que atacaban las leyes establecidas habían respetado las creencias, y en la mayor parte de las revoluciones religiosas las que combatían la religión no habían pretendido cambiar al mismo tiempo la naturaleza y el orden de los Poderes ni abolir por completo la antigua constitución del Gobierno. Había habido, pues, en casi todas las grandes conmociones sociales un principio de solidez inalterable.

Pero en la Revolución francesa, abolidas las leyes religiosas al mismo tiempo que las civiles, el espíritu humano perdió enteramente su asiento, no supo ya en qué fijarse ni dónde detenerse, y se vieron aparecer revolucionarios de una especie nueva, que llevaron su audacia hasta la locura, á quienes ninguna novedad podía sorprender ni detener ningún escrúpulo, y que nunca vacilaron ante la ejecución de ningún deseo. Y no se crea que estos seres nuevos han sido creación aislada y efímera de un momento, destinada á desaparecer con él: antes al contrario, han formado una raza que se ha perpetuado y extendido por todo el mundo civilizado, conservando en todas partes la misma fisonomía, las mismas pasiones, igual carácter. Los hemos encontrado en el mundo al nacer, y todavía los tenemos ante nuestros ojos.